

Prefacio a *Los sindicatos en la era de la decadencia imperialista*

Stéphane JUST

(15 julio de 1972)

El período del capitalismo en descomposición y de la revolución proletaria	1
“Neo teóricos”, “neocapitalismo” y “neosindicalismo”	3
Tentativa y fracaso de la integración en frío de los sindicatos al estado	5
La clase obrera, los sindicatos y los aparatos sindicales.....	7
El nuevo período revolucionario	9
La burguesía y los aparatos no renuncian.....	10
Los sindicatos y las formas soviéticas de organización.....	12
Sindicatos y partido revolucionario	14

El período del capitalismo en descomposición y de la revolución proletaria

Los sindicatos en la era de la decadencia imperialista constituye un conjunto de notas más que un texto acabado. Trotsky pretendía hacer un artículo, y puede que un folleto. Asesinado por el agente del GPU Jack Mornard, no pudo acabar este trabajo. Pero, aunque en estado de notas, este texto es indispensable para definir la política del proletariado, la política revolucionaria, en la época del capitalismo en descomposición, del imperialismo.

Trotsky no especulaba, analizaba una experiencia que cubría varios decenios y que se extendía desde los años que precedieron a la primera guerra imperialista a los de la segunda guerra mundial. Estos años fueron de una importancia capital pues fueron en los que el carácter del imperialismo, “reacción en toda la línea”, se manifestó en el estallido de la primera guerra imperialista mundial; fueron los años de la apertura de la revolución proletaria mundial con la victoria de la revolución rusa. Fueron también los años de duras derrotas del proletariado en Alemania, Hungría, Italia y en múltiples países de Europa, entre 1918 y 1924; de la derrota de la huelga general inglesa de 1926; de la segunda revolución china y de su derrota; fueron los años de la victoria del fascismo en Italia, Alemania; y, tras una nueva llamarada revolucionaria en Francia y, sobretudo, en España, fueron los años de la victoria de Franco. Acabaron con la segunda guerra imperialista mundial, única “solución” capitalista a la crisis mundial, cuando el proletariado fue batido en los principales países capitalistas de Europa. Estos años fueron, igualmente, los de la degeneración de la revolución rusa, del partido bolchevique, de la III Internacional, de la formación de la burocracia del Kremlin y de su aparato internacional.

El lugar de los sindicatos, la política de los aparatos sindicales, sus relaciones con el estado burgués, por una parte, y el proletariado por la otra, son analizados en relación con la crisis general del sistema capitalista, las contradicciones sin salida del imperialismo y la lucha de clases mundial que enfrenta el movimiento del proletariado

que se orienta hacia la revolución proletaria y la contrarrevolución burguesa bajo todas sus formas. Es así que, refiriéndose tanto a la experiencia de los sindicatos dirigidos por los reformistas (tanto en Francia como en Inglaterra y América) como a los sindicatos dirigidos por los anarcosindicalistas en España, Trotsky llega a una única y misma conclusión:

“El capitalismo monopolizador está cada vez menos dispuesto a conciliar con la independencia de los sindicatos. Le reclama a la burocracia reformista y a la aristocracia obrera, que recogen las migajas caídas de su mesa, que se transformen las dos en su policía política a los ojos de la clase obrera.

Si esto no pasa, la burocracia sindical es suprimida y reemplazada por los fascistas. Entonces, todos los esfuerzos de la aristocracia obrera, al servicio del imperialismo, no pueden salvarla de la destrucción.”

Conclusión que también se aplica, en esencia, a los países económicamente atrasados.

Trotsky, que vivía en México, seguía con particular atención el desarrollo de la “lucha antiimperialista” de la burguesía mejicana bajo la dirección de Cárdenas y caracterizaba así la participación de las direcciones sindicales en la gestión de los ferrocarriles y campos petrolíferos que acababan de ser nacionalizados:

“Es una medida de capitalismo de estado en un país atrasado que busca defenderse de esta forma contra el imperialismo extranjero, por una parte, y, por la otra, contra su propio proletariado. La gestión de los ferrocarriles y de los campos de petróleo bajo el control de las organizaciones obreras no tiene nada en común con el control obrero sobre la industria puesto que, al fin de cuentas, la gestión está en manos de la burocracia obrera, que es independiente de los trabajadores pero que, por el contrario, está bajo la completa dependencia del estado burgués. Esta medida de la clase dirigente pretende disciplinar a la clase obrera y hacerla trabajar mejor al servicio de los intereses comunes del estado que parecen confundirse con los intereses de la misma clase obrera. En realidad, toda la tarea de la burguesía consiste en liquidar los sindicatos en tanto que organizaciones de la lucha de clases y reemplazarlos por la burocracia sindical como órgano de la dirección del estado burgués sobre los obreros.”

La burguesía mejicana que trata de deshacerse de la presión del imperialismo sigue siendo, a pesar de ello, un componente de la burguesía mundial. La economía mejicana sigue integrada en el modo de producción capitalista en su fase decadente, imperialista, y, aunque de forma específica, la burguesía intenta destruir los sindicatos en tanto que órganos de la clase obrera, intenta transformarlos en órganos de control de la clase obrera subordinada al poder, al estado burgués.

Que la burguesía se esfuerce en subordinar a la clase obrera, en destruir las organizaciones sindicales como organismos elementales de clase del proletariado, es consecuencia de la naturaleza del período histórico, el del imperialismo, estadio supremo del capitalismo en putrefacción, incapaz de desarrollar las fuerzas productivas, período que también es, igualmente y por esta misma razón, el de las guerras y las revoluciones, el de la revolución proletaria mundial.

Estos esfuerzos de la burguesía, buscando subordinar a la clase obrera y destruir sus organizaciones sindicales, se manifiestan tanto en los países capitalistas avanzados como en los países económicamente atrasados, bajo la impronta del capitalismo, incluso si es bajo formas particulares en cada caso, en función de las relaciones sociales y políticas propias de cada país, en función también de su lugar en la economía y en la lucha de clases mundial.

“Neo teóricos”, “neocapitalismo” y “neosindicalismo”

En el curso de los veinticinco años que han seguido a la Segunda Guerra Mundial, la descomposición del modo de producción capitalista se ha desarrollado considerablemente; la gangrena afecta al corazón del sistema imperialista mundial, los EEUU. Ello, sin embargo, bajo condiciones particulares: el estado burgués norteamericano fue capaz de movilizar inmensos recursos que le permitieron evitar, en la inmediata y posterior posguerra, el hundimiento de las viejas potencias imperialistas de Europa. Estos esfuerzos estuvieron en el origen de una nueva división internacional del trabajo, de la reconstitución del mercado mundial. No faltó nada más para que surgiesen “neoteóricos” que concluyeron que había nacido un “neocapitalismo”. Entre ellos, en primera fila, los renegados de la IV Internacional, que operan bajo la etiqueta del Secretariado Unificado de la IV Internacional. Cumplen múltiples proezas teóricas y políticas. Además del obligatorio sombrero a la “obra de Trotsky”, los renegados de la IV Internacional se devanan los sesos en elaborar nuevas teorías sobre “los sindicatos en la época del ‘neocapitalismo’” y del “desarrollo sin límites de las fuerzas productivas”. Han escrito esto:

“El objetivo esencial de la burguesía es la estabilidad, “la paz social”.

Al mismo tiempo que intenta hacer el poder central cada vez menos sensible a las sacudidas sociales (tendencia al estado fuerte) está dispuesta a ceder algunas ventajas a la clase obrera (aumento de salarios, disminución del tiempo de trabajo) con la condición que sean previstas, planificadas. Según las colaboraciones, esto se llama política de rentas, participación, reparto justo de los frutos del trabajo, pero todo ello está enfocado, esencialmente, a una cosa: evitar los choques, los aumentos salariales “demasiado importantes”, los paros “intempestivos” en el trabajo, todo aquello que pueda desequilibrar las previsiones.

Tal es el sentido de la política de integración del movimiento sindical, intentada con mayor o menos éxito por todas las burguesías europeas desde hace veinte años. A fin de obtener la paz social, buscan negociar con las organizaciones sindicales reconocidas por los trabajadores, aceptan cederles algunas ventajas que tienen previstas, los sindicatos se comprometen a no desatar movimientos “desconsiderados” que puedan paralizar la producción y entrar en conflicto con los planes capitalistas” (Resolución del Ier Congreso de la Ligue communiste, Cahiers Rouges, nº 10-11, página 108)

Con otras palabras: el “neocapitalismo” ha resuelto “casi” totalmente las contradicciones del modo de producción capitalista. Asegura el desarrollo planificado de las fuerzas productivas, aunque todavía no por completo. Para lograrlo totalmente le hace falta planificar el desarrollo de la fuerza productiva esencial, la del proletariado. Este es el objetivo de la “política de rentas” y “... tal es el sentido de la política de integración de los sindicatos en el estado”. Si es así, la contradicción fundamental de la que se derivan todas las otras (la apropiación privada de los medios de producción y el carácter social de la producción, el antagonismo irreductible entre el capital y la fuerza de trabajo) estaría en vías de ser resuelta. Ninguna duda es posible, la burguesía logrará sus fines: asociar los sindicatos al desarrollo de las fuerzas productivas, y sin tener que destruirlos. Lo que se abriría sería un nuevo período de colaboración de clases pero, sin embargo, infinitamente mucho más estable y amplio que el que vio nacer a la aristocracia obrera y la adaptación de los aparatos sindicales a sus burguesías nacionales en el período de ascenso del imperialismo en los países capitalistas dominantes.

Los teóricos del “neocapitalismo” han eliminado de sus análisis los datos que son, sin embargo, esenciales. La “prosperidad” del modo de producción capitalista ha sido precedida por casi 40 años de guerras imperialistas, de crisis, de inmensas destrucciones de fuerzas productivas. Está basada en el más gigantesco parasitismo que se pueda concebir: la economía de armamento impulsada por el imperialismo norteamericano. Antes y durante la Segunda Guerra Mundial, el poder adquisitivo, las condiciones de vida de los trabajadores de los principales países capitalistas de Europa fueron masivamente cercenadas, hasta llegar al punto cero en Alemania. Al proletariado de algunos países le hicieron falta más de quince años para reconquistar una situación económica igual a la de antes de la guerra (lo que le dio un gran margen de maniobra al capital).

Estos teóricos han guardado silencio, con no menor resolución, igualmente sobre las complejas relaciones entre las clases y en su interior después de la Segunda Guerra Mundial. La potencia del proletariado se manifestó entonces a través del hundimiento de muros enteros del sistema imperialista mundial (la transformación de las relaciones sociales de producción en Yugoslavia y China y la reconstitución de organizaciones obreras sindicales y políticas de una potencia sin igual hasta en los países capitalistas económicamente desarrollados. La burguesía no pudo, sin enormes riesgos, entablar una batalla frontal contra el proletariado y sus organizaciones, especialmente en estos países, pues la contrarrevolución hubiese agudizado la revolución.. Pero al mismo tiempo, en razón de las condiciones del desarrollo de la segunda guerra imperialista, la burocracia del Kremlin y su aparato internacional habían adquirido un enorme prestigio, sin ninguna duda en detrimento del proletariado soviético, prestigio que les permitió, sin embargo, controlar el movimiento obrero, los sindicatos de los países capitalistas decisivos desde el punto de vista de la lucha de clases mundial. Por otra parte por el contrario, como en Alemania, la política estalinista reforzó la influencia socialdemócrata en ausencia de otras perspectivas. Más aun: borró toda salida propia al proletariado y, en numerosos países económicamente atrasados, dejó libre paso a direcciones pequeño burguesas. Este conjunto de relaciones entre las clases y en su interior explica por qué y cómo las organizaciones sindicales no han sido integradas en el estado y destruidas como organizaciones elementales de la clase obrera, al menos en los países económicamente avanzados. Los aparatos sindicales, sin embargo, han colaborado estrechamente con los estados y los gobiernos burgueses, pero de una forma mucha más próxima a la colaboración de clases “clásica” y no transformando los sindicatos en puros y simples engranajes del estado burgués. Todavía conviene, además, señalar que, en numerosos países de África, América Latina y Asia, los sindicatos están bajo el control directo de direcciones burguesas o pequeño burguesas que los han sometido al aparato de estado; y también en países económicamente desarrollados, como en Alemania del Oeste por ejemplo, la tendencia a la integración de los sindicatos en el estado está fuertemente marcada.

Pero una vez más, como gustaba decir Trotsky, el canto de la lechuza se eleva en el crepúsculo: los renegados de la IV Internacional teorizan su política en el momento en que se agota el relativo equilibrio que siguió a la guerra. El parasitismo de la economía de armamento se manifiesta en la inestabilidad del sistema monetario, en aumento desde los primeros años sesenta. La necesidad, desde el punto de vista del capital, de domesticar estrechamente a los sindicatos se hace apremiante y, en el curso de los años sesenta, los gobiernos inglés, francés, alemán, italiano, etc., se ven forzados a lograrlo. Eso es lo que significa “la política de rentas”, la “participación”, las leyes “reglamentado” los derechos sindicales y el derecho de huelga. Que esta política haya fracasado hasta el momento, es otro asunto. Ciertamente que, en todo caso, los renegados a la

IV Internacional no tienen ninguna responsabilidad en este fracaso. ¿No escribían y decían, a quienes quisieran escucharlos, que la clase obrera se “recontracachondeaba” espontáneamente del referéndum del 27 de abril de 1969...., que le concernía tan poco y que comprendía mal? ¿No llamaron al boicot de un referéndum que trataba sobre la integración de los sindicatos en el estado burgués? ¿Pero que importa eso a gente que no diferencian entre la simple colaboración de clases y la integración de los sindicatos en el estado burgués? ¿Que le importa eso a gente que comprende tan poco lo que significa la naturaleza y origen de clase de los sindicatos, que se convierte en defensora de la CFDT cuya orientación es, simplemente, la aplicación, bajo circunstancias determinadas, de la “doctrina social de la Iglesia”: el corporativismo bajo la nueva etiqueta de la “autogestión”!

Tentativa y fracaso de la integración en frío de los sindicatos al estado

La crisis conjunta del imperialismo y la burocracia del Kremlin se afirmó durante los años sesenta. El imperialismo norteamericano no podía soportar solo y a pulso la economía mundial y el sistema imperialista. La crisis del dólar se anunciaba. La competencia internacional renacía. Cada vez más, se afirmaba la tendencia a relegar a su justo lugar a las viejas potencias imperialistas decadentes de Europa. El Mercado Común revelaba ser un campo de enfrentamiento económico que no protegía ni, incluso, a sus agentes de la penetración de los capitales norteamericanos. Por el contrario, las viejas potencias imperialistas de Europa intentaban romper las barreras levantadas en la URSS y en los países de Europa del Este contra la libre penetración de capitales y mercancías. Los más competitivos de ellos, principalmente Alemania del Oeste, extendían hasta EEUU su penetración del mercado mundial, pero se enfrentaban, cada vez más, a la temible competencia del renaciente imperialismo japonés que penetraba en todos los mercados, entre ellos en el mercado norteamericano.

Conjuntamente, la burocracia del Kremlin y las burocracias satélites se enfrentaban a problemas insolubles nacidos de la gestión burocrática de la economía planificada, del parasitismo, de las distorsiones que esta gestión conlleva, del impas de la “construcción del socialismo (una economía autosuficiente) en cada país”. Les era necesario intentar resolver estas contradicciones: ese fue el objeto de las reformas de la planificación. Pero la burocracia del Kremlin y las burocracias satélites no podían, y no pueden, recurrir solo a las soluciones que permitirían el desarrollo armonioso de las fuerzas productivas en la URSS y en los países de Europa del Este: la elaboración del plan y su realización bajo el control de los trabajadores. La burocracia del Kremlin no podía realizar la integración de la economía de la URSS y de los países de Europa del Este en la división europea y mundial del trabajo sobre bases socialistas mediante la victoria de la revolución proletaria destruyendo en sus bastiones al imperialismo: no podía, mediante el estallido de las barreras nacionales, constituir, notablemente sobre esta base, los Estados Unidos Socialistas de Europa. Las “soluciones” de las burocracias parasitarias sólo podían ser burguesas, es decir, recurrir a la competencia y leyes del mercado, intentar integrar en el mercado mundial capitalista a la economía de la URSS y de los países del Este de Europa. El remedio agravaba el mal y aumentaba los antagonismos sociales. Era un nuevo factor de aceleración de la crisis del estalinismo y de su aparato internacional. En efecto, en lo más alto de su potencia política, tras la guerra, la burocracia del Kremlin y su aparato internacional amenazaban dislocarse: la revolución china triunfante contra la voluntad de Stalin; Tito y el PCY rechazando subordinarse al Kremlin y rompiendo con él en 1948; la burocracia del Kremlin no lograba comprimir las fuerzas centrífugas y las contradicciones sociales en Europa del

Este más que al precio de sangrantes purgas de las cuales los trágicos juicios eran los aspectos espectaculares; la guerra fría tendía a romper estas contradicciones.

A la muerte de Stalin, la burocracia del Kremlin se esforzó en detener las contradicciones más explosivas. Pero por las brechas abiertas, el proletariado iba a pasar y comenzar un combate abierto contra las burocracias parasitarias, en junio de 1953 en Alemania del Este primero, en Polonia enseguida durante el año 1966, por fin en Hungría, donde la revolución de los consejos obreros estalló en noviembre de 1956. La revolución política dejaba de ser un artículo de programa, era la brillante realidad política, siempre presente, preparándose para el gran día o, obscuramente, en las profundidades sociales, pero contra la que no dejarían de tropezar las burocracias parasitarias. La crisis de la burocracia del Kremlin y de su aparato se afirmaba más con la ruptura abierta entre Moscú y Pekín, cuando se debilitaba el control de los PC sobre proletariados como el francés e italiano, erosionado por la colaboración con la burguesía y su papel de agentes del Kremlin.

Esta crisis conjunta hacía urgente la modificación de las relaciones entre las clases tal como quedaron restablecidas después de la Segunda Guerra Mundial. Esto era particularmente necesario en Europa, cuna del capitalismo, del imperialismo, pero donde se afirmaba la decadencia de las viejas potencias imperialistas, esta Europa que es igualmente la cuna del movimiento obrero. Tras el aplastamiento de la revolución húngara de los consejos por los tanques de la burocracia del Kremlin, tras el acceso al poder, sin combare, de De Gaulle en Francia, por primera vez la burguesía, aunque en crisis, retomaba la iniciativa política contra el proletariado. Iba a intentar utilizar esta iniciativa para esforzarse en domesticar a la clase obrera, para destruir su capacidad de combate, para integrar los sindicatos en el estado burgués.

La historia de esta tentativa no puede escribirse aquí. Sin embargo, es necesario recordarla. Tanto en Alemania, Italia, Inglaterra como en Francia, las burguesías y su gobierno han intentado realizar esta operación, de alguna manera, en frío, sin enfrentamiento global, directo y brutal con la clase obrera, basándose en la política de los aparatos burocráticos sindicales, estalinistas, socialdemócratas o pequeño burgueses. El resultado está ahí. De Gaulle en Francia ha fracasado. Igual fracaso en Alemania del Oeste a pesar del voto de las leyes sobre el estado de excepción, la “cogestión”, el gobierno Kissinger-Brandt y enseguida el gobierno dirigido por Brandt. Fracaso en Inglaterra a pesar de la votación de la ley sindical puesta a punto por el gobierno Heath. Mucho más: la clase obrera ha superado sus derrotas políticas. De nuevo ha comenzado el combate que culminó en Francia con la huelga general de mayo-junio 68 y que se ha desarrollado en Inglaterra desde la huelga de los marinos británicos en 1966 hasta la huelga victoriosa de los mineros en 1972. Este combate ha puesto en marcha al proletariado italiano en múltiples acciones y ha levantado, recientemente todavía, a los metalúrgicos de Bade-Wurtemberg en una huelga de significación nacional. Esta voluntad de lucha se ha manifestado también en movimientos que se han desarrollado en Suecia, Bélgica y otros países. La clase obrera retoma la iniciativa política, y esto se concreta, siempre en Europa, en los movimientos revolucionarios de Checoslovaquia en 1968 y Polonia en 1970-1971, mientras que en España la dictadura franquista y sus “sindicatos” verticales, corporativistas, son puestos fuera de combate por la clase obrera.

La conclusión que se impone es evidente: la dificultad de la burguesía en integrar a los sindicatos en el estado burgués es tan grande como su encarnizamiento para lograrlo.

La clase obrera, los sindicatos y los aparatos sindicales

Es indispensable analizar por qué la burguesía se encarna en integrar a los sindicatos en el estado y las dificultades con que tropieza en el logro de ese objetivo. Los sindicatos son organismos de clase del proletariado, elementales pero fundamentales. Son el medio de combate cotidiano contra la explotación y el lugar en el que las capas más combativas del proletariado se organizan. Han sido construidos en el curso de toda una historia hecha de enfrentamientos con la patronal y el estado burgués. En período de lucha, la clase obrera necesariamente tiene que recurrir a sus sindicatos (incluso si los ha abandonado parcialmente) para dirigir y organizar su acción. En este sentido, son una conquista histórica del proletariado que, sólo por su propia organización de clase puede resistirse a la patronal y al estado burgués y, *a fortiori*, enfrentarse a ellos, hacerlos retroceder y vencerlos. Los sectarios resaltan los rasgos reaccionarios de los aparatos sindicales, para darles la espalda a los sindicatos. Los renegados de la IV Internacional, y determinadas variaciones de izquierdistas, no comprenden que las organizaciones sindicales reales son un producto del movimiento obrero, que sus raíces se hunden en toda la historia de este movimiento. Por ello, colocan en el mismo plano a la CFDT y a las confederaciones nacidas del tronco común de la vieja CGT (CGT, FEN, FO) lanzando, sin embargo, el anatema contra FO. La clase obrera no puede prescindir de sus sindicatos pues son una forma elemental de frente unido de clase, perfectamente definido por la fórmula clásica: el sindicato organiza a los trabajadores para la defensa de sus intereses materiales y morales sean cuales sean sus opiniones políticas, filosóficas o religiosas. Ahí radica la necesidad de las organizaciones sindicales y de su fuerza. La independencia de los sindicatos respecto al estado burgués es un envite capital de la lucha de clases. De ahí, por otra parte, el encarnizamiento de Trotsky a favor de que se lleve el combate en el interior de los sindicatos. Lo que se llama el “trabajo en los sindicatos” no tiene nada que ver con una especie de pesca con caña de militantes, particularmente en el seno de las organizaciones sindicales en las que, en principio, se encuentran el conjunto de los militantes obreros. Como toda otra intervención, como cualquier otra batalla política, la intervención de los militantes revolucionarios en los sindicatos liga la construcción del partido revolucionario con la defensa de los intereses y necesidades objetivas de la clase obrera. El “trabajo en los sindicatos” se identifica, pues está basado en ella, con la defensa de la organización sindical, de su vocación para organizar y unificar a los trabajadores en su lucha contra la patronal y el estado burgués, por su independencia de clase. Trotsky lo dice sin equívoco:

“La consigna esencial en esta lucha es: completa e incondicional independencia de los sindicatos frente al estado capitalista. Esto significa: lucha para transformar los sindicatos en órganos de las masas explotadas y no en órganos de una aristocracia obrera.

La segunda consigna es: democracia en los sindicatos. Esta segunda consigna se deduce directamente de la primera y presupone para su realización la completa libertad de los sindicatos ante el estado imperialista o colonial.”

Esta batalla política no admite ni los esquemas ya establecidos ni la ausencia de principios. No admite esquemas predefinidos pues si las burocracias sindicales reformistas, estalinistas o pequeño burguesas son incapaces de asumir la independencia de clase de las organizaciones sindicales, si se oponen ferozmente a la democracia sindical, dependen, sin embargo, de la existencia de organizaciones sindicales. La historia del movimiento obrero suministra numerosos ejemplos de iniciativas tomadas por los aparatos sindicales que permitieron salvaguardar, al menos durante un tiempo, la organización sindical, las libertades y derechos conquistados por la clase obrera.

Recordemos, a título de ejemplo, la iniciativa tomada en 1920 por el aparato ultra reformista de los sindicatos alemanes y su dirigente ultra oportunista Legien. Hicieron fracasar el golpe de estado de Von Kaap llamando a la clase obrera a la huelga general. Más: Legien propuso la construcción de un gobierno obrero que incluyese a los partidos obreros alemanes y a los sindicatos.

Históricamente menos conocida, la decisión del congreso confederal de FO de llamar a votar no en el referéndum del 27 de abril de 1969, organizado por De Gaulle, fue el origen de los posicionamientos sin ambages de las otras centrales obreras y contribuyó a la derrota de De Gaulle.

En el congreso de la Federación de la Educación Nacional de 1948, ante la escisión de la CGT, la FEN, declarándose autónoma y reconociendo el derecho de tendencia, mantuvo su unidad y pudo, así, luchar por la reunificación sindical. En el momento en que los dirigentes FO organizaron la escisión y en que la fracción del PCF en el seno de la CGT se mantenía en esta escisión, es incontestable que, al dar su acuerdo a la moción Bonissle.Valière que salvaguardaba la unidad de la FEN, el aparato reformista de esta federación impedía su destrucción. Hasta ahora la FEN ha preservado su unidad. Es la más potente federación sindical francesa y agrupa a la mayor parte del cuerpo de profesores de este país, porque salvaguardó su unidad. Las consecuencias de la unidad de la FEN sobrepasan a la corporación educativa: la FEN es un bastión del movimiento obrero capaz de organizar la resistencia a los ataques del capital y del gobierno burgués, de impulsar el Frente Único de las centrales sindicales. Por su sola existencia ha limitado el retroceso de la clase obrera francesa y los efectos de la escisión sindical. La aplicación, hasta el límite, de los planes de destrucción de la educación nacional pasa por la destrucción de la FEN, lo que sería una derrota para toda la clase obrera. Hay que decir que la CFDT, el PSU, como, también, la fracción estalinista de la FEN se han empleado en ello concienzudamente.

En la historia del movimiento obrero francés e internacional hay otros ejemplos de tomas de posición positivas de los aparatos sindicales. Por citar solo una de las últimas, es evidente que el rechazo de la dirección de AFL-CIO (sin embargo, ¡oh cómo de ligada al imperialismo estadounidense y a su aparato de estado!) a inclinarse ante el bloqueo de salarios decretado en agosto de 1971 por la administración Nixon, expresaba, sin duda alguna, la resistencia de la clase obrera norteamericana ante las exigencias de su burguesía, pero a su vez alimentó su resistencia a los planes del capital y su combatividad.

No tener en cuenta el movimiento contradictorio de los aparatos sindicales atezados entre las exigencias del mantenimiento del orden burgués y las de su propia conservación, que dependen de la existencia de las organizaciones sindicales, sería la expresión de un sectarismo estéril. Sería dar pruebas del mismo sectarismo abandonarse a peligrosas ilusiones, pues, como lo escribe Trotsky:

“En un cierto grado de la intensificación de las contradicciones de clase en cada país y de los antagonismo entre las naciones, el capitalismo imperialista solo puede seguir tolerando una burocracia reformista (al menos hasta cierto punto) si esta última actúa directamente como accionista, pequeño pero activo, en las empresas imperialistas, en sus planes y sus programas, tanto en el interior del país como también en la arena mundial.”

Pero, entonces, ¿qué es lo que permite distinguir, juzgar y combatir en consecuencia? Nada más que aquello que expresa las necesidades y objetivos de la clase obrera: el terreno de la unidad y de la democracia obreras, la independencia frente al capital y el gobierno burgués. Con otras palabras, se trata de definir una política que exprese los intereses del proletariado, que eleve su nivel de conciencia, refuerce su

homogeneidad y esté de acuerdo con sus intereses inmediatos e históricos, que, en la época del imperialismo, son ambos indisociables. La política de los aparatos sindicales puede ser apreciada en relación con esta política. Nosotros nos determinamos en función de la clase obrera y no de los aparatos. Nuestra actividad de cara a los aparatos se deduce de ahí. Solo así pueden ser explotadas sus inevitables contradicciones.

El nuevo período revolucionario

La OCI ha caracterizado el período abierto por la huelga general de mayo-junio del 68 y el proceso de revolución política en Checoslovaquia, como el de la inminencia de la revolución y de la contrarrevolución. La OCI entiende por eso, a escala mundial, que el proletariado ha retomado la iniciativa política. Naturalmente el desarrollo de la lucha de clases del proletariado no es menos desigual. Conoce flujos y reflujos. Se afirma en tal o tal otro país, mientras que la clase obrera parece en retirada en otros países. Pero la curva general de la lucha de clases va hacia la apertura de situaciones revolucionarias que tenderán a alimentarse recíprocamente. Así, tras la huelga general francesa y el proceso de revolución política en Checoslovaquia, el empuje del proletariado mundial ha llegado al máximo en Polonia y Bolivia. En estos países, la clase obrera ha retomado formas de organización de tipo soviético. El proletariado boliviano sufrió una derrota cuando el 21 de agosto de 1971 los militares bolivianos, inspirados y ayudados por la CIA, organizaron con éxito su golpe de estado.

Durante la histórica discusión que se produjo en los astilleros de Szczecin entre Gierek y los trabajadores, fue elaborado una especie de compromiso entre el proletariado polonés y Gierek, actuando éste en nombre de la burocracia de ese país,

La clase obrera polaca sabía que le hacía falta no solo enfrentarse con su propia burocracia sino, también, con la del Kremlin.

Temió el baño de sangre y difirió el enfrentamiento a la espera de condiciones políticas más favorables.

Por su parte, el imperialismo, la burocracia del Kremlin, las burocracias satélites y la burocracia china se encuentran en una situación que no controlan. No logran imponer en la lucha de clases sus “soluciones”. A pesar de las contradicciones y conflictos que se agravan, tanto entre las diferentes potencias imperialistas como entre las diferentes burocracias parasitarias, y entre el imperialismo y las burocracias parasitarias, todos intentan establecer, conjuntamente, bajo la égida del imperialismo norteamericano, un nuevo frente contrarrevolucionario mundial. Los acuerdos sobre Berlín, los sucesivos viajes de Nixon a Pekín y Moscú, produciéndose tras los acuerdos Bonn-Moscú y Bonn-Varsovia, no tienen otro sentido más que el de afirmar demostrativamente la existencia de este frente contrarrevolucionario y organizarlo bajo la etiqueta de la “coexistencia pacífica”.

La crisis conjunta del imperialismo y la burocracia del Kremlin no cesa, sin embargo, de profundizarse; tras Bolivia, Chile es el teatro de una lucha de clases que levanta al proletariado y las masas explotadas tanto contra la burguesía “nacional” como contra el imperialismo. Las direcciones del PS, del PC, de la central sindical unificada, despliegan todos sus recursos a fin de encerrar al proletariado chileno en las filas de la Unidad Popular, a fin de desviarle de la lucha por el gobierno obrero campesino que se apoyaría sobre el proletariado organizado como clase, que expropiaría a la burguesía, destruiría el estado burgués y edificaría el estado obrero. En América Latina (también en Europa) se ha desplegado una intensa actividad política por los partidos reformistas, estalinistas, Castro, organizaciones pequeño burguesas, que sostienen la política, traidora a la clase obrera, de la Unidad Popular y que se esfuerzan en desacreditar al

primer soviets de América Latina, a la Asamblea Popular de Bolivia. Al igual que ayer en Bolivia, el envite supera a Chile, toda América Latina está preocupada.

Teniendo la iniciativa política el proletariado, se acumulan manifiestamente los signos anunciadores de una crisis sin precedentes del sistema imperialista mundial, de la burocracia del Kremlin y de su aparato internacional, de las burocracias parasitarias. De aquí todo el alcance del renacimiento de formas soviéticas: en Polonia, los consejos obreros; en Bolivia, la Asamblea Popular. Nadie sabe dónde se producirán en Europa las próximas explosiones revolucionarias y si, incluso, tendrán lugar en el este o en el oeste de Europa. Sin embargo, es cierto que se producirán, que repercutirán en toda Europa, que resonarán en los EEUU, que se ligarán con el desarrollo de la nueva oleada revolucionaria, en América Latina, en África y en Asia.

Una misma cuestión determinante se plantea en todos los lugares: la del poder. Obligatoriamente la clase obrera de cada país combatirá, tenderá a organizarse como clase, planteará la cuestión del poder, en función de su historia, de sus propias tradiciones, de las organizaciones que son suyas: en todas partes, en términos específicos, la clase obrera sentirá la necesidad de constituir el Frente Único Obrero. Pero la clase obrera de cada país, que entrará en la tormenta revolucionaria utilizando, cierto, sus propias vías, se orientará hacia la constitución de formas soviéticas. La importancia del resurgimiento de las formas de organización soviéticas en países tan alejados y diferentes como Polonia y Bolivia está ahí: el proletariado de cada país restablecerá los soviets o constituirá soviets por la primera vez en su historia.

La burguesía y los aparatos no renuncian

Esta perspectiva no disminuye la importancia de los sindicatos desde el punto de vista de la lucha de clases del proletariado y de la estrategia revolucionaria. En primer lugar, por muy cierta y próxima que esté, no es, todavía, más que una perspectiva. Es ahora cuando se desarrolla la batalla política en cuyo final se concretará la perspectiva de constitución de formas de poder de tipo soviético. La burguesía, los aparatos burocráticos sindicales, reformistas y estalinistas combaten para impedir que se realice y, si no pueden lograrlo, para estar en posición de controlar el movimiento, desviarlo y salvar el orden burgués.

La burguesía no ha renunciado a domesticar a las organizaciones sindicales. En Francia, Chaban-Delmas se ha empleado en ello con sus “contratos de progreso”, su “nueva sociedad”: que no lo logre ya es otro asunto. El gobierno de Heath prosigue con sus tentativas de domesticación sindical tras la resonante derrota que los mineros ingleses le ha hecho sufrir, a cuenta de toda la clase obrera. En cada país se podrían hacer las mismas observaciones. En Francia, el nuevo gobierno Pompidou-Messmeier se presenta como un gobierno de pura tradición gaullista, un gobierno que pretende ser fuerte, capaz de poner a raya la crisis política burguesa, de arrastrar a la pequeña burguesía y, en consecuencia, de golpear a la clase obrera, someter, si no destruir, a sus organizaciones y, en primer lugar, a sus sindicatos. En el punto en que está la crisis de la sociedad francesa, el juego de las direcciones de las organizaciones sindicales será difícil: no deben hacer nada que acelere la crisis, deben intentar evitar que surja una situación revolucionaria abierta y, al mismo tiempo, preservar sus capacidades de control ulterior sobre la clase obrera movilizada.

La burguesía y las direcciones burocráticas preparan, al mismo tiempo, el recurso a las “soluciones” del tipo “Frente Popular”. Chile es un ejemplo. Y en Francia, el acuerdo sobre “el programa de gobierno” entre las direcciones del PS y del PCF, al que se han adherido los “radicales de izquierda”, prepara el eventual recurso a

una “solución” de este tipo. La dirección de FO se mantiene en segundo plano, al menos por el momento. La dirección de la FEN todavía está en el estadio de toma de contactos y discusiones con los firmantes del “acuerdo sobre el programa de gobierno”. La dirección de la CGT se ha pronunciado sin reservas a favor del apoyo al acuerdo. En el caso que la línea de defensa del orden burgués que constituye la “Union populaire” se demuestre como indispensable, todos se adherirán de una forma u otra. Tanto más cuando la “Union populaire” (sea chilena, francesa o de otros países...) se corresponde totalmente con las aspiraciones de las burocracias sindicales que Trotsky definía así:

“El capitalismo monopolista no está basado en la competencia y la iniciativa privada sino en el mando centralizado. Las camarillas capitalistas, a la cabeza de los potentes trusts, de los sindicatos, de los consorcios bancarios, etc., controlan la vida económica al mismo nivel que lo hace el poder del estado y cada instante pueden recurrir a éste. A su vez, los sindicatos, en las ramas más importantes de la industria, se ven privados de la posibilidad de aprovecharse de la competencia entre las diferentes empresas. De ahí resulta para los sindicatos, en la medida en que se mantienen en posiciones reformistas, es decir en posiciones basadas en la adaptación a la propiedad privada, la necesidad de adaptarse al estado capitalista e intentar cooperar con él. A los ojos de la burocracia del movimiento sindical, la tarea esencial consiste en liberar al estado de la influencia capitalista debilitando su dependencia respecto a los trusts y atrayéndolo hacia ella. Esta actitud está en completa armonía con la posición social de la aristocracia y burocracia obreras que combaten para obtener algunas migajas en el reparto de los superbeneficios del capitalismo imperialista.”

El apoyo de las organizaciones sindicales le es indispensable a la “Unión Popular”, al “Frente Popular”, o a cualquier otra fórmula de este tipo cuyo objetivo es canalizar a la clase obrera en movimiento y desviarla de sus objetivos de clase. Siempre, y obligatoriamente, tales operaciones están basadas sobre equívocos: las masas ven en la unidad de las organizaciones obreras el medio que permitirá que sean satisfechas sus reivindicaciones, el medio para resolver la cuestión del poder político. Las direcciones intentan encerrarlas en los marcos de la sociedad burguesa de la que afirman su continuidad “aliándose” con organizaciones abiertamente representativas de la burguesía (los “radicales de izquierda”) incluso aunque éstas no tengan ninguna fuerza propia. Hablan de las “dificultades” que asaltan a un “gobierno del pueblo” para no satisfacer las reivindicaciones y aspiraciones de la clase obrera. Llamam a los trabajadores a respetar el “orden” la “disciplina”, o no “asustar” a los aliados “demócratas”, las masas pequeño burguesas, etc. En una palabra: en nombre de la lucha para sostener al “gobierno del pueblo” piden a la clase obrera y a las masas explotadas que sacrifiquen sus intereses inmediatos e históricos respetando a la sociedad burguesa, a sus instituciones y su estado. Todo ello es imposible sin la garantía de los aparatos sindicales, justamente porque controlan los sindicatos, organismos elementales de clase del proletariado. No hay ejemplo de que el desarrollo del movimiento de la clase obrera, que la apertura de una crisis revolucionaria, no se haya traducido en un aflujo de capas enteras de trabajadores hacia las organizaciones sindicales, siempre en razón de su carácter de organizaciones elementales de clase. En consecuencia de lo cual el “trabajo en los sindicatos” tiene tanta importancia.

Se trata, siempre y siempre, de traducir en términos claros las aspiraciones y necesidades del proletariado. Así el “acuerdo sobre el programa de gobierno” entre el PS y el PCF no puede en ningún caso significar que hay que esperar para luchar por las reivindicaciones, que hay que esperar para resolver la cuestión gubernamental. La

unidad para la lucha, en el marco de la democracia sindical y obrera, es posible. Lo mínimo que las masas pueden esperar de este acuerdo es que aparte los obstáculos políticos levantados contra la preparación y desarrollo de las luchas de la clase obrera. En el interior de los sindicatos se trata de deducir aquello que las masas esperan de la unidad, y de no aceptar la subordinación, no sólo al estado burgués sino a los “radicales de izquierda”, ni de los sindicatos ni de la acción sindical. Expresando lo que las masas esperan de un acuerdo entre el PS y el PCF, se trata de no aceptar la subordinación del movimiento sindical a un eventual gobierno de “Union populaire” ni menos a un “programa de gobierno”. Igualmente que un acuerdo PS-PCF solo es positivo para la clase obrera si aparta los obstáculos a la unidad de clase del proletariado, a la preparación y a la organización de las luchas obreras, antes, durante y después de las elecciones legislativas. Un gobierno PS-PCF no será un gobierno obrero mientras no incluya a ningún representante de la burguesía, satisfaga las reivindicaciones obreras apoyándose en las luchas de la clase obrera y sobre su organización como clase. He ahí lo que es necesario traducir cotidianamente, en términos adaptados, tanto en el interior de los sindicatos como en el exterior. Pues solo existe una misma y única política revolucionaria, solo es necesario expresarla en términos adaptados al medio. En lo inmediato, la perspectiva de gobierno de “Union populaire” será levantada como un obstáculo a la unidad sindical y obrera; ya sea, según algunos, porque toda acción será subordinada a la eventual llegada al poder de tal gobierno; ya sea, según otros, porque la realización de la unidad sindical y obrera sería imposible con los “supporters” de la “Union populaire”. Si la crisis de la burguesía se profundiza, las masas movilizadas nos pisarán los talones.

Se trata de distinguir, en las oscilaciones de los aparatos sindicales, entre aquellas que se producen por las exigencias del imperialismo, del estado burgués, y aquellas que se corresponden con los intereses específicos de estos aparatos; ninguna ilusión puede tolerarse: la crisis de la burguesía, el ascenso revolucionario de las masas, señalarán y acentuarán el carácter reaccionario de los aparatos sindicales (de todos los aparatos sindicales) antes de dislocarlos. Como se verán comprometidos en grandes maniobras, obligados a “izquierdizarse” para controlar y canalizar el movimiento de las masas, organizarán la “caza de brujas”. Habrá que saber utilizar el terreno para seguir dentro de las organizaciones sindicales. Demostrar habilidad táctica no debe pasar por perder de vista la definición y aplicación de una política de clase expresada, naturalmente, en términos adaptados al medio; mucho más: ninguna habilidad táctica protegerá a los militantes revolucionarios de la represión que intentarán llevar adelante los aparatos burocráticos si no está basada en una política de clase.

Los sindicatos y las formas soviéticas de organización

Una justa apreciación de la naturaleza de las organizaciones sindicales, de su lugar en la lucha de clases, de sus límites y contradicciones, es indispensable para la definición y aplicación de la política revolucionaria. Estos últimos años han jugado, como siempre, un papel considerable, capital, en todos los países en los que la clase obrera se ha comprometido en combates de gran amplitud: en Bolivia, Chile, Inglaterra, Francia, Italia, Alemania, etc. Papel a menudo contradictorio: lugares e instrumentos de organización del proletariado, éste se esfuerza en utilizarlos para movilizarse y combatir. Colocados bajo el control de los aparatos burocráticos, éstos se esfuerzan en canalizar y desviar el movimiento. En Bolivia, donde el partido trotskista ocupa posiciones de primer orden en el seno de la clase obrera y de sus organizaciones sindicales, la COB ha tenido una acción particularmente positiva, no, sin embargo, sin

luchas internas y contradicciones. En España, los sindicatos fueron destruidos y el régimen impuso el sindicato vertical corporativista. La clase obrera busca allí las vías y medios para reconstruir una organización sindical independiente. En Argentina, Perón, infligiendo una derrota a la clase obrera, logró subordinar la CGT al estado burgués. El proletariado se esfuerza en utilizar y renovar la central sindical.

La clase obrera no intenta utilizar a las organizaciones sindicales, reconquistarlas, renovarlas o reconstruirlas, solamente en los países capitalistas económicamente desarrollados. En Europa del Este, en la URSS, los sindicatos están estrechamente enfeudados a las burocracias parasitarias. Sin embargo, en Alemania del Este en 1953, en Polonia en 1956, en Hungría en 1956, en Checoslovaquia en 1968 y, de nuevo, en Polonia en 1970-71, la clase obrera los ha utilizado durante sus luchas contra la burocracia a fin de defender las conquistas obreras, su derecho al trabajo, sus aspiraciones a más igualdad social, a la eliminación de los privilegios burocráticos. Ha hecho estallar los cuadros de los sindicatos burocratizados, los ha depurado y reconstruido. En Checoslovaquia, durante mucho tiempo, los sindicatos han constituido centros de resistencia a la normalización. A menudo, en el interior de los sindicatos de estos países, se refleja, cierto que de forma muy atenuada y deformada, la sorda resistencia de la clase al expolio y robo de la burocracia. También en la URSS, en Europa del Este, el “trabajo en el seno de los sindicatos”, por su independencia, por la democracia sindical, contra la desigual social, por la defensa de las conquistas, por las libertades democráticas, por difícil que ello sea, es indispensable para la definición y aplicación de la política revolucionaria y la construcción del partido revolucionario.

Los sindicatos no han ‘caducado’. En el curso del período en el que se prepara, en lo ‘cotidiano’, la crisis revolucionaria abierta, mantienen en vigor toda su importancia y papel. Si se comprende qué significa la unidad orgánica (en el tiempo y el espacio) de la lucha de clases mundial, si se comprende la dialéctica de la unidad de los contrarios, se comprende que todo ello vale para la organización como clase del proletariado. Entonces deviene evidente que la constitución de los comités de huelga, de los comités obreros, de los soviets, no surge de la nada. Son al mismo tiempo superaciones de antiguas formas de organización del proletariado devenidas insuficientes, demasiado estrechas y limitadas en vistas a las tareas nuevas que pone al borde del día la movilización del proletariado y que engloban, sin suprimirlas sino todo lo contrario, las antiguas y tradicionales formas (sindicatos y partidos) cuyo papel se renueva pero sin perder su importancia. Los sindicatos tendrán su lugar en el seno de las formas soviéticas. Más: seguramente estarán en el origen de la constitución de organismos soviéticos de los que es muy posible que formen el núcleo y sean el elemento motor, al menos en una primera fase. Las masas en movimiento no romperán con las formas de organización tradicionales y los militantes que las animan; al contrario, se dirigirán a ellas en el marco mismo de los nuevos organismos para resolver problemas nuevos. No es aventurar mucho afirmar que: sin dudas los militantes de las organizaciones sindicales y políticas tradicionales no estarán solos; nuevas capas de militantes (pero que muchos de ellos también se unirán a los sindicatos) tendrán un papel activo, estarán en la iniciativa de la formación de organismos de tipo soviético, pero serán la fuerza dirigente. Diversas razones permiten afirmar lo anterior: cuando el proletariado llegue al momento en que se produzca esta modificación de su comportamiento, que lo ponga en movimiento en su conjunto, que le haga sentir profundamente la necesidad de organizarse en su masa como clase, porque le toca transformar radicalmente el funcionamiento de la sociedad, los militantes tendrán que traducir práctica y organizativamente mejor que nadie esta aspiración. Los militantes podrán y deberán intervenir así porque las direcciones tradicionales, los aparatos

burocráticos, no permitirán que se les sobrepase plenamente, al menos durante la primera fase. Cuando perciban, en efecto, que las formas de organización soviéticas van a constituirse, tomarán la iniciativa para construirlas, para controlarlas, para tomar la dirección, desviarlas, desnaturalizarlas, volverlas impotentes y, ulteriormente, destruirlas. Habrá que estar loco para imaginar que las viejas direcciones sindicales y políticas, los dirigentes reformistas, sindicales, estalinistas, pequeño burgueses, abandonarán el campo, que desertarán del campo de batalla que serán los comités de huelga, los comités obreros, los soviets. El buen sentido y la historia prueban lo contrario. Nunca hay que olvidar que Ebert, Noske, bautizaron “consejo de los comisarios del pueblo” al gobierno que dirigían en noviembre de 1918, levantado con la bendición del estado mayor alemán y en constante relación con él, cuyo papel era asumir la continuidad del estado y el orden burgueses, de destruir los consejos. Así bautizaron a su gobierno con algunas apariencias de justificación puesto que socialdemócratas e independientes tenían la mayoría en el seno de los consejos obreros.

En gran medida el lugar que ocuparán los militantes revolucionarios en el seno de las formas soviéticas cuando éstas surjan dependerá del lugar que hayan ocupado precedentemente en el interior de los sindicatos.

Sindicatos y partido revolucionario

Pasados los años, el desarrollo de la lucha de clases, más complejo de lo previsto, no cambia en nada la validez de las conclusiones de Trotsky sino que, por el contrario, las confirma:

“En la era de la decadencia imperialista los sindicatos solamente pueden ser independientes en la medida en que sean conscientes de ser, en la práctica, los organismo de la revolución proletaria”

Los sindicatos ni son, ni pueden ser, neutrales políticamente: o marchan a remolque de la burguesía (y ello reviste aspectos múltiples que van desde la colaboración directa al nivel del estado burgués hasta el rechazo a participar en el frente único de clases y el impulso y defensa de una política burguesa en el interior de eventuales soviets... o adoptan una política revolucionaria que debe concretarse en cada momento.

La independencia de los sindicatos no es otra cosa que la independencia del proletariado en relación a la burguesía y su estado. Pero ¿en que otro momento esta independencia está plenamente asegurada si no es en el momento en que el proletariado se organiza como clase, en el momento en que expulsa del poder a la burguesía, toma el poder, destruye el estado burgués y constituye su propio estado? Solo en relación con este objetivo hay independencia de los sindicatos. Los sindicatos abordan, según el movimiento que les es propio, los problemas políticos, no pueden evitarlos. El arte de los sindicalistas, de los “apolíticos” consiste, en nombre del “apoliticismo”, en dejar a la burguesía hacer su política y someterse a ella.

No hay lugar a dudas que cierta manera de plantear en el interior de los sindicatos los “problemas políticos” levanta obstáculos a la toma de posición y a la acción políticas del sindicato. Así, por ejemplo, en Francia actualmente hacerles pronunciarse sobre el “programa de gobierno” PS-PCF; “exigir” que los sindicatos y sus direcciones se pronuncien a favor de los “soviets”, a favor de un “gobierno obrero”, etc., sería totalmente abstracto y falso. Bajo una forma determinada, el combate por la unidad de las organizaciones sindicales, por las reivindicaciones, sigue siendo indispensable. Concretamente es así como debe de traducirse la independencia de los sindicatos en la hora actual. Ulteriormente no podrán escapar a la toma de posiciones más precisas, en

función del desarrollo de la lucha de clases, incluyendo posicionarse sobre la cuestión del gobierno.

La batalla política ocupará todos los terrenos. Se desarrollará tanto en el interior de los organismos de tipo soviético como en los sindicatos. En el curso de esta batalla se enfrentarán las organizaciones políticas reformistas, sindicalistas, estalinistas, pequeño burguesas y el partido revolucionario, es decir: el partido que se sitúa sobre el programa de fundación de la IV Internacional. De su salida dependerán la suerte de los soviets y la de los sindicatos. Pues una cosa no es más dudosa hoy en día que en el momento en que Trotsky escribía este texto: en último análisis, las direcciones sindicalistas, reformistas, estalinistas, pequeño burguesas sólo pueden conducir los sindicatos a su destrucción. Únicamente una política revolucionaria es capaz de evitar esta destrucción. Los sindicatos no pueden situarse al margen de este problema que se le plantea a la humanidad pero que solo puede resolver la clase obrera: socialismo o barbarie.

Pero es necesario plantear las cuestiones y los problemas en el seno de las organizaciones sindicales y no de los partidos. (Los militantes podrán, si lo desean, apreciar como Trotsky ponía en práctica su orientación respecto a las organizaciones sindicales leyendo en *Le Mouvement communiste en France* la intervención que escribió cuando residía en Domène y que pronunció en el CCN de la CGT, los días 18 y 19 de marzo de 1935, el delegado de UD-CGT de Isère [“Del plan de la CGT a la conquista del poder”, *Escritos*, Tomo VI, volumen 2, páginas 337-355, Pluma, Buenos Aires, 1976; <http://www.ceipleontrotsky.org/Del-plan-de-la-CGT-a-la-conquista-del-poder>].

“Muy a menudo la falsa politización de los sindicatos, la tentación de transformarlos en partidos es el reverso del descarado oportunismo: la renuncia a la construcción del partido revolucionario. Entonces, en cada congreso, si se es delegado, se pronuncia un discurso “revolucionario”, se presenta una resolución no menos “revolucionaria”, y se hace a un lado la formulación concreta necesaria para que los sindicatos y sindicatos puedan comprender los problemas políticos. Según el caso, semejante procedimiento sirve de exutorio, de garantía de izquierda o democrática a los aparatos, se permite a éstos desconsiderar a los militantes revolucionarios y practicar la “caza de brujas”.”

Ninguna tendencia “revolucionaria” en el interior de los sindicatos puede ser ajena a la construcción del partido revolucionario. La eventual constitución de tendencias, por un sindicalismo situado exclusivamente sobre el terreno de la lucha de clases, debe insertarse en la actividad de construcción del partido revolucionario. El sindicato no puede substituir al partido. Muchos más, esto debe ser dicho claramente: el sindicato solo puede jugar su papel si es impulsado por el partido revolucionario. No puede bastarse a sí mismo y ello proviene de la naturaleza del período del imperialismo que es también el de la revolución proletaria: a partir de los intereses materiales de la clase obrera, de su movilización y de su organización como clase, todo se juega sobre la cuestión del poder político. Esta clara comprensión es, justamente, la única que permite firmeza y elasticidad sobre este terreno en el que se desarrolla también la lucha de clases: el terreno sindical. Imposible construir el partido revolucionario sin entablar esta batalla. Sin construir el partido revolucionario es imposible defender los sindicatos, luchar por su independencia, por la democracia sindical, por la unidad de las organizaciones sindicales, por una sola central, única y democrática.

Es preciso luchar para devolver a los sindicatos su verdadero lugar, su verdadera función e impedir que la política de los aparatos acabe por destruirlos. Sin dudas que muchos camaradas se preguntarán si será posible enderezar a los actuales sindicatos.

Los revolucionarios no se dejan mecer por ilusiones. Los aparatos no serán expulsados de los sindicatos más que por una verdadera revolución interna que es indisociable de la revolución proletaria, de la conquista del poder, de la instauración de la dictadura del proletariado ejercida en el marco de la democracia soviética. Lo que importa es comprender el decisivo lugar de la lucha en el interior de los sindicatos en la preparación de la revolución proletaria, por la independencia de clase del proletariado, por la construcción del partido revolucionario. ¿Los sindicatos serán renovados y reconstruidos? La historia zanjará este problema.

“La independencia de los sindicatos en un sentido de clase, en su relación con el estado burgués, solo puede ser asegurada bajo las actuales condiciones por una dirección completamente revolucionaria que es la dirección de la IV Internacional. Esta dirección, naturalmente, puede y debe ser racional y asegurar a los sindicatos el máximo de democracia concebible bajo las concretas condiciones actuales. Pero sin la dirección política de la IV Internacional, la independencia de los sindicatos será imposible.”



Para contactar con nosotros: germinal_1917@yahoo.es
Visita nuestra página web: www.grupgerminal.org